

Calle de las Tres Revueltas  
SONRIA Septiembre 13/92

ACUARELA

## ¡DESILUSIÓN!

**H**ABÍA llovido la víspera, y con el fin de no ensuciar sus enaguas las llevaba recogidas con su mano fina y distinguida. Andaba ó más bien saltaba como un pajarito, con ondulaciones de cadera encantadora.

Sería á eso de las cinco de una tarde del mes de Octubre, hora en que la luz de los faroles públicos va luchando con los últimos resplandores del crepúsculo; los escaparates de las tiendas principiaban á alumbrarse y los transeúntes parados delante de ellos contemplaban los objetos expuestos.

Yo iba detrás, á algunos pasos de distancia, empujando por aquí, empujando por allá, sin fijarme más que en ella, en aquellos pies tan monos, calzados de charol y medias de seda negra. Su andar era majestuoso; llevaba la cabeza erguida, mirando á derecha á izquierda con cierto descaro á los que con ella se cruzaban.

Su paso era tan ligero que apenas lo podía seguir su criada, una hija del campo cuya esbeltez hacía resaltar más aún las redondas formas que ella tenía.

Y yo pensaba, al ver aquellos atractivos, en lo feliz que debía ser el hombre que pudiese decirse: «¡Es mía!»

¿Dónde me conducía así? ¿Qué me importaba...? Habíamos dejado la calle Mayor y tomado á mano izquierda unas calles y callejones cuyos empedrados, de guijarros puntiagudos, debían lastimar sus diminutos pies.

Su presencia en un barrio semejante no dejaba de turbarme. ¿Quién sería ella?—preguntábame.—¿Qué motivo la induciría á hacer su paseo en sitio tan apartado? Y mis deseos aumentaban con mi impaciencia de saber á qué atenerme sobre aquella aparición celestial.

De pronto, se paró á la puerta abierta de una casa de modesta apariencia y se puso á mirarme. Entonces me di cuenta mejor de lo apetitosa que era tan bella criatura, merced á la luz de un farol próximo al lugar.

Tenía unos ojos negros cuyas llamas filtraban entre la sombra de sus pestañas; sus cejas abundantes parecían acentos circunflejos colocados adrede para retener más tiempo la mirada; su nariz aristocrática con ventanitas rosas y móviles, declaraba una naturaleza ardiente; sus labios de carmín, un poco entreabiertos, descubrían unos dientes de blanco de marfil.

Mis piernas vacilaban, mi sangre latía como si fuese á salirse de las venas, y, contemplándola pasmada, me repetía: «Cuán feliz será el hombre que pueda exclamar, siquiera una hora solamente: ¡Es mía!»

Viendo ella que no le decía nada, pues la emoción me cortaba la palabra, se metió dentro la casa, alejándose la criada.

Examiné entonces la morada donde se albergaba el objeto de mi pasión. ¡Cuál no sería mi sorpresa al reconocer que era una de esas casas hospitalarias que reprueba la moral y tolera la policía, como diría Prudhomme; una de esas casas donde se tarifa el amor!

De repente, desperté de mi sueño lisonjero. La poesía se desvaneció ante la realidad.

Me retiré.

¿Hice bien ó mal? ¡Quién sabe! ¿No estamos expuestos á cada paso en este mundo á ver escaparse en un momento dado todas nuestras ilusiones?

Quizás hice mal, pues en las cosas del amor fugaz, como decía Alfredo de Musset, gran perito en la materia: «¿Qué tiene que ver la botella, con tal que se obtenga la embriaguez?»

José PELA ROBIN

## LO QUE DICE EL MOVIMIENTO

(FACETA)

**S**IN mí nada existiría. Yo soy el alma del universo mundo. Los sólidos más compactos, inmóviles en apariencia, sólo subsisten por la eterna rotación de sus átomos. Si dejara yo de animarlos, caerían convertidos en polvo.

La vida, sólo es vida porque se agita. Permaneciera quieta, y se extinguiría. Yo hago que el mar levante sus olas que azotan con furia los acantilados y se explayan por la blanda arena. Yo transporto á los hombres. Por mí se acortan las distancias y corren las locomotoras y hienden las aguas los buques. El viento transporta la semilla—la vida—en mis alas; la lluvia fecunda los campos, el río corre al mar, las vidas á la muerte, la muerte se torna en nueva vida. Átomos de átomos engendran el pensamiento, y el pensamiento se convierte en verbo, y el verbo en acción. La física y la química no existirían sin mí.

Fuerza, luz, calor, belleza, arte, poesía, amor y voluntad, de mí dimanar. Yo soy el dueño de la creación.



Cuadro de J. MUÑOZ LUCENA.

## BELLAS ARTES

UNA revista ilustrada, por poco importante que sea, es hoy una especie de pozo sin fondo, que está pidiendo sin cesar nuevos materiales con que nutrir su insaciable vorágine.

Pensar que todo cuanto venga reflejado en las páginas de un periódico adquiere las proporciones y el valor de la obra de arte, sería gollería. Los trabajos serios, profundamente meditados y contruidos según los cánones de la conciencia, no se producen á porrillo, y los artistas más preciadados pueden contarlos de memoria.

Pero el arte, tiene aspectos tan múltiples y caprichosos, limitase unas veces á tan pueriles aspiraciones, conténtase en otras con formas tan sencillas, que, mientras se desenvuelva en la esfera del buen gusto, lo admite todo, lo tolera todo y aún crea reputaciones bajo tan exigua base.

Al fin y al cabo, estas suertes de manifestaciones artísticas reflejan exactamente las de la vida. ¡Medrados estaríamos si tuviéramos que estar constantemente en escena cubiertos con la máscara de la seriedad y la meditación! ¿Quién resistiría á vivir en tales condiciones?

Sugiérenos estos pensamientos la contemplación de la bonita figura de mujer que figura en la primera página y que firma el distinguido artista Muñoz Lucena. ¿Qué representa? ¿Qué título podría ponerse? Ni la hermosa mujer hace nada, ni el autor se propuso hacer más que un apunte de color, ni la cosa lleva más trascendencia que lisonjear á los ojos. Nosotros no sabemos aplicarle otro título que el de *buen gusto*.

En cambio, al fijarnos en el *Paisaje* de Modesto Urgell, tan rico de tristeza como sobrio de medios de expresión; al asimilarnos la frialdad de su ambiente, la humedad de su atmósfera, el adormecimiento de su naturaleza invernal; al enlazar las líneas arquitectónicas de los peldaños con las rígidas y severas de los árboles, vemos que hay trozos de naturaleza que hablan al espíritu, merced á la mágica evocación del artista.

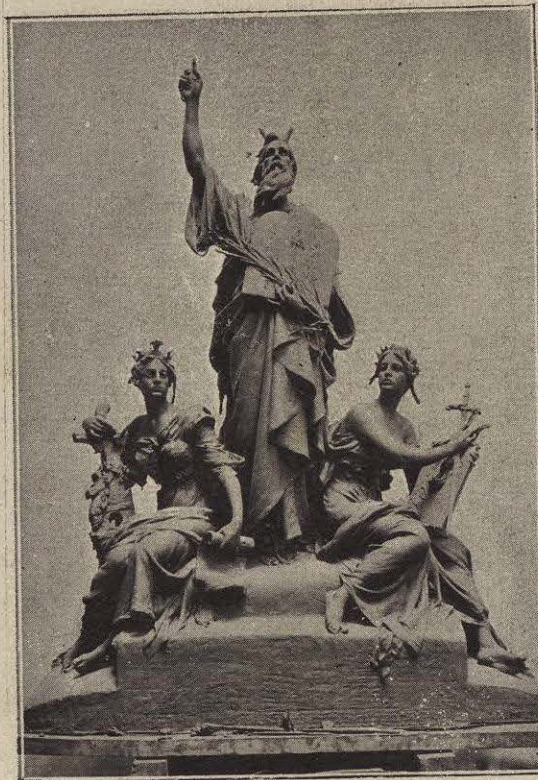
Modesto Urgell es uno de los pocos artistas que han sabido interpretar el tácito lenguaje de las cosas inanimadas y hacer asequibles sus sensaciones al espectador. Sus cuadros hablan, cantan, lloran, porque son nada más que la apariencia objetiva de la subjetividad del pintor.

La simpática pintora de *Sobre el terreno*, es otra muestra de buen gusto, y Enrique Estevan lo suele monopolizar para hacer agradables sus fáciles improvisaciones. Bien encontrada la actitud de la figura, vestida con propiedad, con ser un *asuntito* de ocasión, tiene suficiente interés para conservarlo, aunque el artista se decidiera á desarrollarlo en mayores proporciones.

En este número continúa Gaspar Camps la ilustración en orla del poema *Amor* de Carrera. Con la intención simbólica que le caracteriza, sigue con rara fidelidad el espíritu de la letra, compenetrándose con la intención del poeta y enriqueciéndola con las galas de su fantasía.

FRANCISCO CASANOVAS

A. QUEROL



GRUPO COLOSAL DE «LAS LEYES», PARA EL PALACIO DE JUSTICIA DE BARCELONA.

## AMORES DE MUERTE

Sueltos al aire los cabellos blondos,  
fuego en los ojos y en los labios fuego,  
la mordedura en sus entrañas sienten  
de la fiera implacable del deseo.

Por eso las sirenas se deslizan  
sobre las olas del rugiente océano,  
en busca de un amante, deseosas  
de celebrar fatídico himeneo.

Liras de nácar en sus manos gimen  
al soplo temeroso de los vientos,  
y de sus labios melodiosos brotan  
raras canciones de confusos ecos.

Notas dispersas que, á la vez, parecen  
voces que bajan del obscuro cielo,  
voces que surgen del ignoto fondo,  
voces que llegan de los cuatro vientos.

Dulces canciones que á la nave envuelven  
y arrullan al confiado marinero,  
poblando de fantasmas voluptuosos  
el país encantado de sus sueños,

Dejándole ignorante del peligro,  
hasta que ve su pavoroso espectro,  
y al rudo choque tembloroso mira  
los duros flancos de la nave abiertos.

Se hundió la nave; las sirenas lanzan  
gritos de triunfo y, de pasión rugiendo,  
á los convulsos cuerpos de los naufragos  
ciñen y enroscan sus lascivos cuerpos.

Y gozan las caricias de los hombres  
entre espasmos de amor y sufrimientos,  
libando ansiosas, con febriles labios,  
el estertor de moribundos besos.

F. BLANES VIALE

## DRAMAS OCULTOS

EL diminuto pie de Carolina estrujaba la rica alfombra. Los finos y brillantes dientes de Carolina, blancos en su pequeñez, herían sus perfumados labios, rojos como una fresa abierta. Su nariz delgada se hinchaba convulsa. La expresión siempre afable y juguetona de la esposa del banquero había desaparecido. Sola, en aquellos instantes de verdadera lucha, no mentía, era ella, tal cual era en su interior inviolable, desnuda en toda su fiereza. Sus ojos irritados, de mirada cruel, estaban fijos en la rica esfera del reloj de mármol con incrustaciones de oro que estaba sobre la piedra de la gran chimenea.

Y el tiempo pasaba, el brillante péndulo iba y venía incansable en su ruido monótono, envolviendo la canción de las horas.

Y Carolina, presa de una nerviosidad extraordinaria, se apretaba su pequeña frente que hervía. Se alzaba y andaba por el pequeño salón como una fiera enjaulada, y volvía á caer en el ancho sillón que la recibía con sus dos brazos de cedro abiertos; se revolvió en él haciendo crujir las sedas de su vestido, mirando tenazmente las agujas del viejo reloj, que le parecían, en su fiebre, dos dedos terribles que rodaban rápidos acercando el terrible momento, sumiéndola en la más horrorosa de las desgracias.

Y ella sufría de una manera atroz, inconcebible. El indomable bucle de su cabello negro tocaba su mejilla casi pálida.

Faltaba media hora.

Por todos sus nervios corrió como una descarga eléctrica. Se levantó de un salto, apretó el botón de porcelana y esperó apoyada en la chimenea. Su rostro se serenó rápidamente. Sus ojos recobraron aquella expresión que parecía envolver todo cuanto miraban en una tibia caricia. Sus facciones resplandecieron afables, mas su alma persistía negra, sin horizontes.

Apareció un criado.

—¿Está el señor?...

—Aún no...

—Podéis marcharos.

El sirviente se inclinó hasta el suelo y desapareció tras la pesada cortina.

Sola otra vez, dió libertad á su ira encarcelada.

—¡Este hombre es un estúpido!... ¡Este hombre me pierde!... —murmuraba en el paroxismo de su desesperación, paseándose nerviosa, mordiendo sus uñas sonrosadas. —¿Qué hago?... ¡Es un bestial!... ¡Me pierde!...

Súbitamente, se serenó su frente, sus ojos tomaron toda la expresión de la picardía. Se sentó en una butaca, la aproximó á la mesa del centro, escribió muy aprisa y llamó otra vez al criado.

—Para Mr. de Richart.



CONCHA BORDALBA

Sólo faltaban quince minutos. El criado partió. Por los abismos insondables de Carolina pasaba un verdadero drama. Se sentó indolentemente en el ancho sillón, y casi calmada, se miró con cierta voluptuosa complacencia en el gran espejo y, arreglándose el bucle persistente nació espontánea y diabólica su acostumbrada sonrisilla, más juguetona que nunca. Había tenido una buena idea.

En tanto, en los grandes escritorios de la banca, parecía que no ocurriese nada. Los dependientes seguían cada cual en su negociado, volviendo y revolviendo las anchas páginas de los pesados libros, con la pluma en la oreja, sin que ni una sola línea de intranquilidad oculta surcara su rostro, lleno de estúpida importancia. Entre ellos reinaba la normalidad y monotonía de siempre. Sólo el cajero era el que sufría secretamente la peor de las agonías, era él solo quien conocía la terrible desgracia que pesaba sobre su caja. Derecho, convulso en su flaqueza de viejo activo, con sus gafas sobre la larga y estrecha nariz. Estaba grave, no bromeaba como de costumbre con los mozos de cobranza de las otras casas de comercio, pálido en su aturrido espanto, contaba y recontaba sus billetes, abría y ajustaba la pesada caja y se abismaba en reflexiones profundas mirando la esfera del redondo y negro reloj de aquellos escritorios. Cada vez que se abría la maciza puerta de la banca, el cajero, extremadamente pálido, atisbaba por encima de los vidrios de sus antiparras al nuevo personaje que entraba.

Faltaba media hora.

Don José penetró en el saloncito en que estaba Carolina, con la palidez de un muerto, como si huyera de alguien. Un sudor frío, bañaba su

rugosa frente, sus ojos estaban velados por una poderosa nube de espanto. —¿Y qué?—gritó ella al verlo entrar de aquella manera tan innoble, clavándole una mirada terrible y llena de desprecio.

El viejo banquero se quedó anonadado, sin saber qué hacer ni qué decir, inmóvil en su dolor, aplastado en sus sesenta años.

—Viejo, más que viejo, me lo esperaba de vos... ya no servís para nada... ni para satisfacer las necesidades de vuestra honra...

El pobre hombre cayó aplomado en una butaca frente la chimenea, su cabeza se inclinó sin fuerza, como herida, se apoyó en su aplastado pecho, su huesosa mano tanteó inconsciente su cabeza calva.

—¡Lo habéis logrado al fin!... ¡La quiebra!... ¡Ahí tenéis la quiebra!... ¡Viejo asqueroso!... ¡Habéis querido ir solo, sin saber andar!... ¡Reñisteis con vuestro socio, con el único hombre que podía salvar y enriquecer vuestra banca! Habéis perdido, como el último de los cobardes!... ¡Sois un estúpido!... ¡El vencimiento!... ¡Maldito vencimiento, maldito vos!... ¡Viejo!...

Carolina tenía la carne roja por el odio largo tiempo dominado, sus ojos eran amenazantes, hablaba bajo, pero sus labios se movían duros y las frases nacían terribles; cada palabra suya era un puñal que se clavaba en el corazón del viejo y le aniquilaba.

Allí, acurrucado en su sillón, medio muerto, miraba atónito y avergonzado á su mujer, aquella joven de carne fresca que se había unido á él por el interés y que él quería de una manera absoluta, bestial casi, doblándose á sus caprichos que le arruinaban y embruteaban su honra.

—¡Estoy hastiada de vos! Me marchó. No podéis satisfacer mis ne-